

Serán esas flores de diferentes propiedades y hechizos, pero no son elementos antagónicos que mutuamente se excluyan, sino distintos grados de una intensa virtud interna que arraiga en el corazón.

Suponed, señores, al que tiene la honra de dirigiros la palabra, de origen directamente colombiano. El amor intenso de esta querida porción de tierra, para ser estrictamente amor de patriota, bastaría que se extendiera a ciudadanos y a regiones que estén dentro de vuestras leyes, fronteras y mares. Pues bien, el día en que mi corazón, sin dejar de querer a Colombia como mi patria, se identifique también con los intereses morales de esa otra patria venezolana, ecuatoriana o brasileña, y, en virtud de una misión superior, esté yo dispuesto a dar mi vida de apostolado o de sacrificios por ellas, como por vosotros ¿habrá desaparecido mi amor patrio? ¿Habrá sufrido algún menoscabo?

Cada una de las naciones o sociedades que sucesivamente vayan entrando en mi estimación y afecto, señores, van ensanchando las demarcaciones de mi verdadera patria; y entonces Colombia para mí será más grande, irá creciendo como crece mi corazón; Colombia no tendrá límites ni fronteras, y todos los hombres serán colombianos.

Señores: ¿gana o pierde la patria con el amor cristiano cosmopolita de sus ciudadanos, llámense sacerdotes, religiosos o seculares?

\* \* \*

Pero restringimos aún más nuestras investigaciones y examinemos si esta porción del clero regular que se llama Compañía de Jesús es capaz de sentir y de externar el amor patrio, si sus miembros, que han dado a la juventud o a los fieles en general sus mejores años de magisterio o de apostolado, pueden llamarse patriotas en el rigor de la palabra!

Qué desfile tan glorioso de jesuitas han presentado las naciones beligerantes de Europa ceñidos con el uniforme militar, y qué número tan prodigioso de ellos han derramado su sangre en el campo del honor!

Juzgad de todos por un dato curioso que se halla en una sola lista de movilizados recientemente en Francia (1). Contábanse en ella 840 jesuitas; 95 eran oficiales y 121 suboficiales; y entre éstos se han distribuido por su abnegación, valor y servicios militares, 34 cruces de la Legión de honor, 25 medallas militares, 297 cruces de guerra, 7 condecoraciones francesas de otras clases y 18 condecora-

---

(1) EL CATOLICISMO, Bogotá, 1919.

ciones extranjeras! Total, 400 distinciones honrosas para 840 defensores de Francia.

Huelgan, señores, los comentarios.

Por lo que hace a nuestra patria, es innumerable el catálogo de hechos y de nombres que nos ofrece la historia de la Compañía de Jesús en Colombia para corroborar nuestra tesis, desde San Pedro Claver hasta el Padre Juan Rivero.

Entre esos hombres y esos hechos de pasados siglos es difícil la elección. Nuestras montañas y bosques vírgenes y las peligrosas orillas de los grandes ríos vieron esa guerra santa del jesuita con la barbarie y la ignorancia de los aborígenes, a quienes educaron y quisieron con amor de hermanos, y de quienes a veces recibieron la corona cruel del martirio.

Del año 1844 al 50 y del 84 a esta parte, cuánto se podría decir si no se ofendiera la modestia de los soldados y apóstoles contemporáneos que viven aún y luchan con gloria en bien de su patria adoptiva o natural.

Dos palabras no más de los que ya pasaron a mejor vida en el campo del honor.

El Padre José Segundo Lainez, español oriundo de Zaragoza, estuvo en Francia y en Bélgica, y en todas partes su laboriosidad infatigable y sus prendas de ingenio, su cultura exqui-

sita y benevolencia de carácter le abrieron ancho camino de simpatías y de profundo aprecio.

El año 1842 entró a tierra granadina, pero como entran los soldados de Cristo y de la patria, luchando en el campo de las misiones y esparciendo las fecundas semillas de su palabra de apóstol en Santa Marta, en Ciénaga, en Mompós. Llegado a Bogotá, fundó la meritisima congregación de artesanos que os es conocida. Estuvo también en las agradecidas montañas de Antioquia y pasó por último a sus deseadísimas misiones de infieles en el Putumayo, donde murió. *El Día*, periódico de Bogotá, le tributó este expresivo elogio: «Ha muerto el padre José Segundo Lainez a los treinta y seis años de edad, como otro San Francisco Javier, sin más arma que su breviario, ni más alhajas que su crucifijo al pecho, cinco días más adentro de Mocoa, consumido por los rigores de la enfermedad y del trabajo que llevó en bien de la Religión y de República. La Iglesia pierde un abnegado Ministro, Colombia un ciudadano utilísimo y la ciencia un mensajero que le hacía grande honor» (1).

Señores, el P. Lainez es uno apenas de los muchos hijos de Ignacio, que en la nueva Compañía han probado

(1) Padre Rafael Pérez, *La Compañía de Jesús en Colombia*.

con hechos de abnegación lo que aman a su adoptiva patria colombiana. No pretendo hablar expresamente de los nacidos en nuestro suelo patrio. Está a la vista de todos su hoja brillantísima de servicios y otro tanto quizá podría decirse de los extranjeros domiciliados entre nosotros. Permitidme únicamente rendir un tributo de gratitud, en nombre de esta patria agradecida, a la memoria de preclaros jesuitas que, conocidos vuestros los más, todos han muerto ya; ofrecieron sus vidas en aras de la patria adoptiva o natural; pues todos espontánea y gustosamente prestaron sus axilios espirituales en la pasada guerra civil; algunos murieron más tarde a consecuencia de enfermedades contraídas desde entonces. Hé aquí sus nombres dignos de eterna memoria: Jorge Iñiguez, Pedro Guillén, Daniel Quijano, José Valenzuela, Zoilo Arjona, Cecilio Morán, Enrique Albela, Luis Javier España.

\* \* \*

¡Luis J. España! Teñido en su propia sangre cayó el insigne hijo de Guatemala, en el alto de la Cruz, después de haber pasado difundiendo el bien a manos llenas en Colombia y en la América Central. Hé ahí un eximio apóstol de vuestra sociedad bogotana a quien se podría re-

tratar en dos pinceladas con aquellos versos de Selgas: «llevó siempre el alma en los ojos y el corazón en la mano». Don José Joaquín Ortiz, en uno de sus escritos, le dio un nombre bien merecido por su laboriosidad. «El Padre España, decía el insigne poeta, es una *hormiga arriera*, redacta periódicos, funda librerías, dirige congregaciones, predica, consuela y aconseja, está en todo y a todos hace bien. Con esa palabra de hombre cultivado y esa sonrisa de indulgencia se gana los corazones».

El recuerdo de este bello sacrificio me trae a la memoria la reciente inmolación de un joven sacerdote francés, muerto en la guerra europea, y apóstol igualmente de Colombia. Se llamaba Juan Deat.

En 1899, siendo alumno de la escuela apostólica de Valencia en Francia, oyó de mis propios labios una relación de ministerios y un proyecto de misiones de infieles que teníamos para Colombia; y emulando el celo de San Pedro Claver, pidió y obtuvo, con gran fruición de su espíritu, entrar en Compañía de Jesús, para venir a trabajar con nosotros en estas feraces regiones. De un periódico francés sabemos los preciosos detalles que os doy a continuación (2).

«Después del avance magnífico de

---

(2) *Aumonier Militaire*, 23 août, 1918.

su división en Tilloloy, a 8 kilómetros de Montdidier, el Padre Deat estaba en su puesto de socorro, cuando oyó que pedía auxilios un ayudante de ingenieros que no pertenecía a su división. Quiso ir el Padre en su ayuda; y, aunque el médico Jefe le aconsejaba esperar a que el fuego de las ametralladoras fuera menos denso, aquél no se pudo contener y partió. Se le vio llegar hasta el herido, romper su propio cinturón, tal vez para preparar un vendaje; mas, de repente cayó herido por una bala que le atravesó el corazón. El regimiento pierde en él un soldado muy valiente y un capellán muy consagrado al ministerio de las almas....» Colombia, añadamos nosotros, pierde un abnegado apóstol, que de manera gloriosa puso de relieve su decisión de sacrificarse por ella.

¿No lo recordáis, señores? Este joven religioso viajaba un día por el Magdalena en uno de nuestros conocidos vapores, y vio que un pasajero de la clase pobre caía repentinamente a las aguas del río y era arrastrado por la formidable corriente. Sin previo consejo y sin dilación, el intrépido jesuita se arroja al agua, y hace inauditos pero inútiles esfuerzos para salvar a su desgraciado compañero de viaje. Al salir el Padre del río, la gratitud y admira-

ción de los pasajeros no tenía límite; todos aplaudieron al héroe, al futuro mártir de su patria.

Pregunto, señores, ante esa sangre vertida por nuestros hermanos ¿puede un jesuíta extranjero dar lecciones de patriotismo a sus jóvenes educandos en colegios colombianos?

Tengo para mí, señores, que las ideas y los hechos ligeramente referidos, nos dan derecho a los hijos de Ignacio para mirar de frente a esa tricolor bandera que simboliza y compendia todas las aspiraciones de la patria colombiana. Creo que nos asiste el derecho de repetir la exclamación ferviente del inspirado vate don Ricardo Nieto:

«No sé si estás afuera,  
O estás dentro del alma. ¡Cuán hermosa  
Has de elevarte en medio del combate  
Salpicada con sangre generosa!  
Hoy eres tricolor, tal vez mañana,  
Bandera colombiana,  
La sangre nuestra te convierta en rosa».

Señores, para terminar saludemos también a los que dieron a esa bandera, a costa de labor titánica y aun de sangre y vida, la gloria que la circunda y la libertad con que ondea en esta tierra de bendición donde se reconoce la soberanía de Jesucristo, donde se respeta el hogar, se venera al sacerdote, se cultiva el talento

y donde tiene puesto de honor la industria y el trabajo.

Anticipémonos hoy a dar nuestro tributo de admiración y gratitud filial a los héroes de Boyacá: Bolívar, Santander, Anzóateguí, París y tantos otros próceres y generosos llaneros que sellaron el memorable *siete de agosto de 1819* con el sacrificio de su vida. Entre los muertos de aquella memorable jornada de Boyacá había uno arropado con las insignias sacerdotales, teñidas también en sangre; era el capellán de la vanguardia republicana, Presbítero Miguel Díaz!

\* \* \*

Jóvenes que lucidamente coronáis vuestra primera jornada literaria con el grado de bachiller! Alumnos todos del Colegio Nacional de San Bartolomé que os preparáis a seguir esa estela luminosa que os dejaron vuestros próceres! El amor de la patria empieza por el amor de la virtud, de las letras y del trabajo. Y si queréis saber con qué decisión y bríos debéis proseguir ese cultivo del corazón y esa formación cristiana del hombre y del ciudadano, dejadme que os lo diga con uno de los héroes de Ayacucho:

«Armas a discreción y paso de vencedores!»

He dicho.

